

6- Las tecnologías internas como factor evolutivo

«Diferentes grados de desarrollo son correlativos con diversos niveles de sensibilidad». (Jacobo Grinberg-Zylberbaum)

El Paleolítico Superior

Revisando en los textos clásicos, a menudo se encuentran referencias directas o veladas a la inmortalidad física, pero en casi todos los casos las ambigüedades son demasiado grandes como para poner seriamente lo que dicen en el centro de nuestra práctica. La abrumadora mayoría de las indicaciones, en realidad, están orientadas a alcanzar la cumbre de la otra gran montaña interior: la iluminación.

Las tradiciones que sí dirigieron claramente sus prácticas a la inmortalidad, que ya nombré en otras ocasiones y a las que dedicaré los dos últimos capítulos, hunden en general sus raíces históricas o míticas en fechas anteriores al Neolítico. De hecho, es muy probable que en la época que antecedió a este período, durante el llamado Mesolítico o Epipaleolítico, el hombre y la mujer —cazadores y recolectores en su mayor parte— hayan descubierto su propia divinidad interior esencial y, junto con ella, su derecho de nacimiento a la vida eterna.

La posterior eclosión del Neolítico es probable que haya tenido mucho que ver con este descubrimiento. Entonces por doquier florecieron las artes y las tecnologías. Sabiendo que era eterno, el humano comenzó a dejar huellas de actividades religiosas, de increíbles invenciones materiales y de ritos funerarios para quienes no tenían más remedio que volver a pasar por la muerte y el olvido.

En esas épocas, el *homo sapiens* andaba de un lado para el otro según el fluctuar de las estaciones y de otros períodos y ciclos más largos, mientras seguían descendiendo los hielos que habían quedado de la última gran glaciación. A medida que migraba a latitudes cada vez más cálidas o desérticas, comenzaba muchas veces también para él la agricultura, aunque simultáneamente otros pueblos nómades, cazadores y recolectores, continuaron siéndolo y ocupando nuevos continentes.

Con este modo de vida cazador-recolector, donde el contacto con la naturaleza era tan básico para la propia supervivencia y la del grupo, no es de extrañar que los humanos tomaran entonces contacto con el Espíritu.

Las largas caminatas, los grandes espacios vacíos de mentes, el acecho como pieza fundamental de la caza, la observación de los cielos y de la tierra para recolectar cada cosa a su tiempo, la ausencia de grandes sistemas estatales que pervirtiesen la vida en las comunidades, el desapego y la falta de guerras reguladas por el movimiento continuo del nomadismo: todo esto contribuyó a que surgiera la “unión interior”, que en Oriente se llamó “yoga” y en Occidente “misticismo”.

Muchos pueblos han continuado con este modo de vida recolector, negándose conscientemente a volverse agricultores, forma de producción que conocen desde hace siglos por el contacto con sus vecinos, pero que siempre supieron que implicaba también la creación de sistemas de defensa, ciudades, estados, grandes obras de infraestructura, monopolios, guerras, patriarcados y esclavitud.

No es de extrañar que desde una perspectiva no marcada por el desarrollo de las “tecnologías exteriores”, sino por el de las “tecnologías corporales internas” —mucho más útiles y efectivas que aquellas— estos pueblos cazadores sean los más evolucionados del planeta, potenciando la empatía con el entorno natural, las búsquedas de visión, los ritos de iniciación y purificación, la telepatía, etcétera.

Uno de los grandes teóricos de la evolución, Roger Lewin, explica que «la mayor parte de la expansión del tamaño cerebral de los homínidos tuvo lugar antes de que las expresiones materiales y abstractas de la cultura fueran realmente vibrantes» (60). Esto nos hace pensar que la “tecnología externa”, tal como la conocemos, quizás no sea el camino que necesitamos para alcanzar nuevos logros como especie.

Muchas veces este gran desarrollo tecnológico encubre deficiencias sensoriales. Por ejemplo: en el reciente *tsunami* que devastó las poblaciones costeras del Océano Índico, no han bastado todos los radares ni la velocidad de los sistemas de comunicación y transporte para evacuar a la población y aminorar el desastre. Sin embargo, tanto los animales de la región como los indígenas no contactados de las Islas Andamán han escapado a las partes más altas de su geografía, sobreviviendo gracias a la utilización eficiente de una sensibilidad que nosotros, deslumbrados por el desarrollo de funciones extra-corporales, aún no hemos sabido desarrollar, o más bien recordar.

La montañista Nives Meroi apoya esta idea: «La posesión de ciertos instrumentos puede hacerte creer que controlas la situación, pero no es así. No dejas de ser un salivazo en el océano y debes confiarte a su inmensidad. (...) Con todo, con la entera maquinaria del cuerpo. Si tienes algún instrumento, alguna ayuda, le estás quitando a ese todo una parte». (4)

Como saben los integrantes de todos los pueblos ancestrales, hay diferentes zonas del cuerpo físico que comunican con zonas del cuerpo energético. Los mensajes de pretendidos *atlantes*, como ya veremos más adelante con Ramtha, hacen referencia a la apertura de glándulas como la pineal, la pituitaria, el tálamo y el hipotálamo; igual que los *naguales* de la línea de Juan Matus han hecho referencia a la enorme capacidad del hígado, el bazo, los riñones y la matriz para almacenar energía, por no hablar de que ya sabemos que no usamos ni el diez por ciento de nuestro cerebro.

Además, los hindúes poseen sistemas complejos de centros de activación de energía basados en los *chakras*, los chinos conocen desde hace tiempo un detallado mapa de meridianos y puntos energéticos aplicados en acupuntura para sanar y equilibrar el cuerpo sutil, los chamanes sudamericanos, siberianos y hasta sherpas —los *ihawas*— describen perfectamente los diferentes niveles de realidad de nuestra consciencia donde podemos hallar curación y sabiduría.

El conocimiento sobre la inmortalidad física es en todos los casos una consecuencia del conocimiento de uno mismo, puesto que la mayoría de las veces morimos por no reconocer los propios pensamientos antes de que estallen o se transformen en un alud que nos sepulta. El desarrollo de las “tecnologías interiores” lleva al autoconocimiento y éste, en muchos casos, puede conducir a la inmortalidad.

Por supuesto que la muerte llega a veces no sólo por una mala gestión de las “tecnologías interiores”. Existen también en la vida cotidiana las fatídicas avalanchas y los vientos huracanados imprevistos que vienen desde afuera. El inmortal no pretende controlarlos. No es tan soberbio como para eso, pero sí se empeña en no atraer estas circunstancias.

El inmortalista hace como los sherpas, quienes le realizan ofrendas a Tashi Tseringma, diosa de la inmortalidad, para evitar de este modo ser víctimas de las fuerzas de la naturaleza, sin entrar en el hecho de que probablemente más de un viento enfurecido sea consecuencia de la furia de algún dios. También podría ser que no, pero en todo caso no está de más buscar la ayuda de una divinidad protectora, como Utnapishtim con el dios Enki o Tenzing Norgay con la diosa Miyolangsangma.

Según Jamyang Wangmo, «los sherpas de Rolwaling suelen hacer elaboradas ofrendas a Tseringma en el Ome Tsho, o lago de Leche, pidiendo su protección contra avalanchas, corrimientos de tierras y otras desgracias naturales». (61)

Mitología sherpa: Tashi Tseringa

En cada rincón del planeta donde no haya un televisor que cuente los pormenores de las vidas efímeras de los dioses mediáticos, los narradores de historias llenan sus horas junto al fuego, hablando y escuchando sobre dioses en la cima de las montañas. Entre estos relatos aparecen mortales que lograron la condición de dioses por las proezas que han realizado. Los antiguos griegos, por ejemplo, contaban que cuando un mortal llegaba a la cima del Olimpo y se inmortalizaba, los dioses colocaban las imágenes de su historia en el cielo en forma de constelación.

El pueblo que da título a este libro, el de los sherpas, ya vimos que adora a la diosa Miyolangsangma que vive en el Chomolungma, pero no menos interesante es que la diosa tenga cuatro hermanas más, con las que siempre anda junto. Son conocidas como las Cinco Hermanas de Larga Vida y la principal entre ellas, la que habla en nombre de las cinco, es Tashi Tseringma, cuyo nombre significa “Dama Auspiciosa de Larga Vida”. La describen así: «Una joven de color blanco, llena de juventud y belleza, montando un león y sosteniendo un *vajra* o *dorje* dorado (...) en su mano derecha, y un jarro con el néctar de la inmortalidad en la izquierda». (61)

La morada de Tashi Tseringa, obviamente, no podía ser otra que la cima de una gran montaña enclavada en el corazón del territorio sherpa. Y en este caso, la montaña se llama igual que la diosa, Jomo Tseringa, y está ubicada entre el Rolwaling nepalí y el Rongshar tibetano, bastante al occidente del Cho Oyu. Tiene 7.146 metros y es más conocida por los montañistas occidentales por su nombre hindi de Gauri Shankar. Desde el inicio de los tiempos, la diosa vive en la cima del monte y los pobladores de la zona circundante están bajo su protección.

El Jomo Tseringma fue escalado por primera vez en 1979 en una expedición en la que el *sirdar* fue Pertemba y los primeros en llegar a la cumbre fueron el sherpa Dorje —casualmente, el mismo nombre del instrumento que Tashi Tseringa lleva en su mano— junto con el norteamericano John Roskelley. Nuevamente e igual que a la morada de la diosa Miyolangsangma, quien arribó primero a la residencia de Tseringma no podía ser otro que un sherpa. Las diosas locales son así: sólo dejan llegar a una pareja si hay entre ellos, al menos, un integrante del pueblo que hace siglos las adora.

No obstante, este “ataque a la cumbre” de una montaña prohibida también aquí ha tenido sus consecuencias. Wangmo explica que «poco después se produjeron una serie de corrimientos de tierras e inundaciones. Los ancianos de Rolwaling habían tratado sin éxito de evitar la ascensión al Tseringma, por lo que se atribuyen esas desgracias al hecho de haber profanado a la diosa». (61)

Para los sherpas, la relación con los dioses y diosas que viven en la cima de las montañas es muy honda, y su ascenso por las laderas muchas veces también indica el correspondiente ascenso por el mundo interior de los practicantes, reproduciendo el hecho de que «tanto en Khumbu como en el Tíbet, de donde proceden originariamente los sherpas, la relación entre hombre y naturaleza tiene un profundo significado. El paisaje externo o físico se relaciona estrechamente con las actividades mentales o psicológicas del individuo y juega un papel esencial en la sociedad». (61)

En definitiva, deberíamos cambiar nuestro lenguaje: ya no hablar más de “atacar la cumbre” sino de unirse a ella, pues una cosa es la profanación y otra muy distinta la unión amorosa. Para quienes eligen la profanación, hay que decirles —para asustarlos— que en los alrededores del Jomo Tseringa, domicilio de la diosa, fue además donde Eric Shipton tomó una de las primeras fotografías de los *yetis*, lo que causó un revuelo cuando volvió a Gran Bretaña.

Los yetis de la psique

Los *yetis* en las laderas cumplen, igual que los dioses en las cimas, un papel muy importante en la mitología sherpa, lo que también está asociado al mundo interior. Se sabe que estas criaturas provocan curiosidad, miedo y hasta la muerte. Sin embargo, parece ser que quienes consiguen dominar a sus “*yetis* interiores” son protegidos y alimentados por los *yetis* reales.

Estos seres mitológicos, con la misma frecuencia con la que escapan de la proximidad de la mayoría de los humanos o bien los atacan, se acercan amablemente a los lamas que meditan en las remotas cuevas de los Himalayas. La literatura oral de los sherpas está repleta de historias sobre cómo los *yetis* salvaron a los monjes del hambre y del frío, y cómo se acercaron a estos mientras estaban en profunda meditación, emitiendo esa atmósfera de paz, regocijo y amor por todo el Universo que sólo los niños y los animales captan con total nitidez.

La figura más importante de la historia sherpa es justamente un lama, Sangwa Dorje, que vivió a comienzos del siglo XVII y cuyas reliquias se siguen conservando en la *gompa* de Pangboche, camino del Campo Base del Chomolungma. Dicen de él: «Meditó en muchas cuevas, ermitas aisladas de Khumbu y Shorong, donde según las leyendas locales, los *yetis* le traían comida, agua y combustible». (61)

Además de ser criaturas que probablemente existan de verdad, los *yetis* representan simbólicamente a nuestra parte oscura que es preciso sublimar. Así, una vez controlados los monstruos interiores y las sombras de nuestra *psique*, estos dejan de perseguirnos y se ponen a nuestro servicio, ayudándonos a que salgamos del estado de supervivencia y despejando las rutas de ascenso hacia nuestra divinidad interior.

Consecuencias de una filosofía inmortalista

Hoy leí algo que no sé si será cierto, que las águilas alrededor de los cuarenta años de edad entran en la senilidad. Sus picos, plumajes y uñas se deterioran. Entonces ellas deben ir solas a la montaña, retirarse a sí mismas. Allí golpean su pico contra una piedra y se lo arrancan, a partir de lo cual les sale un pico nuevo, pues el antiguo ya era inútil. Con el pico nuevo, las águilas se arrancan las uñas que ya no le servían tampoco para nada. Entonces, le salen uñas nuevas. Con ellas, se arrancan el plumaje caduco. Y le salen otras plumas. Así, algunas águilas atraviesan esta metamorfosis y consiguen vivir varias décadas más. Si no lo consiguen, sobreviven hasta que muy pronto mueren.

Del mismo modo, la humanidad hoy parece estar sobreviviendo hasta morir aferrada a sus viejas ideas, en lugar de cambiar por una nueva “filosofía de la vida y de la inmortalidad”. De hecho, no hay ninguna ventaja en seguir practicando una “filosofía de la muerte”, que se perpetúa a sí misma sólo porque es la doctrina reinante.

Una “filosofía inmortalista”, por el contrario, contribuiría a crear una humanidad totalmente diferente, formada por gente que, por decirlo de algún modo, ha arrancado ya de su vida los viejos picos, garras y plumas. La hegemonía de una filosofía de amor a la existencia —sin fecha de caducidad— podría redundar en un gran bienestar social y político, así como en la protección conjunta de los intereses comunes y de la naturaleza.

Como dicen Sondra Ray y Leonard Orr: «Quienes piensan mediatizados por las ideas de la inmortalidad física informan de tremendos progresos en materia de salud, éxito, amor, satisfacción, productividad, energía y sensación de vida. La gente se siente bien al dejar de matarse con sus pensamientos negativos a sí misma y a quienes los rodean. Pero empecinarse en la mentalidad mortal es perpetuar el dominio de la oscuridad y el destino». (62)

Asumir una “filosofía inmortalista”, independientemente de que luego se logre o no la inmortalidad, implica un cambio total de las perspectivas con respecto a los semejantes y al planeta, así como una forma también completamente distinta de vivir. No hay nadie que adopte una filosofía así sin experimentar simultáneamente una revolución total de sus prioridades.

Podemos leer por ejemplo el testimonio de Ghislaine Lanctot: «Mientras pensé que era mortal estuve corriendo una carrera contrarreloj. ¿Lo conseguiré antes de morirme? Estaba someténdome a mí misma a un enorme estrés, forzándome a hacerlo todo volando. ¡Ya no! La conciencia de mi inmortalidad física me ha cambiado la vida. Puedo hacer todo lo que quiera hacer, alcanzar mi objetivo de autorrealización a mi propio ritmo y velocidad. Al fin y al cabo, tengo toda la eternidad por delante. (...) ¡¡Me quedará aquí en la Tierra pase lo que pase y todo el tiempo que quiera!!» (63)

Además, los inmortales realizados —e incluso los inmortalistas sinceros— pronto van más allá de la simple satisfacción personal y extienden sus pensamientos al bienestar de su sociedad. Como dice Leonard Orr: «La guerra es una expresión social del impulso personal de morir. (...) Para alcanzar la paz en todos los países se necesita desesperadamente toda esta información sobre la inmortalidad física». (27)

Actuando como fragmentos de una especie que se sabe capaz de la vida infinita, los inmortalistas tratan a todo el mundo como si fuesen a convivir con ellos por el resto de la eternidad. Vecinos por siempre de todo lo que hay, comienzan a reconciliarse por fin con su entorno. Los maestros de las dos grandes vías más transitadas a la inmortalidad física, ambas por la vertiente oriental —taoísmo y yoga— han hecho siempre mención a la necesidad de ir más allá del cinismo y dedicar el propio tiempo a auxiliar a los demás y a potenciar el campo de energía de toda la humanidad.

Por el lado del taoísmo, transcribo una cita de Schipper: « ¿Quién no conoce a los ocho inmortales? (...) El más célebre de ellos es Lu Dongbin. (...) El iniciador no era otro que Zhongli Qun, célebre inmortal que entonces tenía ya seiscientos años. (...) Según la creencia popular, Lu Dongbin sigue vivo. Hoy tiene más de mil años y aún recorre el mundo para curar a los enfermos, especialmente a los pobres y desgraciados, y para transmitir su enseñanza a los que puedan recibirla» (34). Por el lado de la vía hindú, Iyengar dice: «El yogui (...) rechaza la máxima de que “sobreviven sólo los más aptos” y, en cambio, hace que los débiles sean lo bastante fuertes para sobrevivir». (2)

Si subir a la montaña interior es misticismo puro, descender de ella es “compromiso social y político”, en el sentido más alto de este concepto, el que entiende a la política como un arte mayor, el que no se refiere a hacer las cosas para el beneficio propio ni de la propia agrupación, sino para el bien de absolutamente todos.

Es difícil saber, a simple vista, quien ha obtenido la cima auténtica de la inmortalidad y quien no, pero a veces reconocer quien no la ha logrado es tarea mucho más sencilla, porque un inmortal verdadero no enfrentará jamás a un pueblo, a un partido, a una raza o a una religión contra la otra, sino que será un reformador y un benefactor de toda la humanidad, aunque tenga que hacerlo a una escala muy reducida.

Un inmortal sabe que su propia supervivencia depende de la supervivencia de su entorno. Porque se siente a sí mismo unido a todo lo que hay, aumenta lo suficiente la superficie de su piel, hasta igualarla en extensión a la superficie del planeta.

Al llegar a la cumbre del Everest, Tenzing Norgay da ejemplo de una actitud típica de “cumbre auténtica”: «Cuando dispuso las banderas, no tenía intenciones políticas aparte de querer que la de Naciones Unidas fuera la primera. Le gustaba pensar que su éxito no era sólo el de unos individuos concretos o unas naciones determinadas, sino el de los habitantes de todo el mundo, un éxito de toda la humanidad». (7)

La herejía de los ochomilistas

El “monte de de la inmortalidad” está presente entre las grandes aspiraciones del ser humano desde el comienzo de los tiempos. Varios grupos, parejas e individuos intentaron ascenderlo desde diferentes flancos y por diversas rutas. Algunos lo consiguieron, pero la mayoría no. Ahora bien, este pico es implacable con quien no lo logra. A diferencia de otros, donde se puede hacer cumbre y morir, o no lograrla y sobrevivir; aquí sólo sobreviven quienes la alcanzan y mueren todos los demás.

Muchas de las vías intentadas han llevado a callejones sin salida o a zonas de avalanchas progresivas que acabaron por sepultar a los escaladores interiores. Por eso, porque en esta montaña junto con la cumbre nos jugamos la vida, conviene no adentrarse demasiado en vías inciertas y hacer caso a Joan-Enric Farreny cuando afirmaba que «los viejos caminos tienen mucha experiencia». (64)

Las dos vías que han llevado a la mayor cantidad de cordadas de escaladores hasta la cima son la hindú y la china. Esto es: las prácticas inmortalistas del yoga y del taoísmo, este último en la rama del *tao chiao*, su modalidad mágica y alquímica.

¿Cuál es el grado de certeza de que a través de estas vías de ascenso se haya alcanzado, efectivamente, la cumbre de la inmortalidad física?

Cuentan que el austríaco Hans Kammerlander, cansado de los escaladores que arribaban sólo a la anticumbre del Broad Peak y decían que habían llegado a la cumbre principal, puso en la cima auténtica un bastón de esquí con una cuerda roja y morada para preguntarles a quienes lo afirmasen “¿qué había allí?” y así testear con certeza quienes efectivamente habían estado en la cima y quienes no.

Algo parecido había hecho ocho meses antes, en octubre de 1993, Krzysztof Wielicki en el Shisha Pangma, ya que muchos subían sólo hasta la cumbre central o hasta el borde del Plateau y afirmaban haber llegado al punto culminante.

Es difícil encontrar hoy a los Wielicki y a los Kammerlander de la inmortalidad, y aunque aparecieran, ellos mismos no tendrían forma de demostrarnos que estuvieron arriba y que allí hay lo que efectivamente hay. El público normal no le cree a quienes afirman haber obtenido la inmortalidad, por lo que probablemente los primeros inmortales de los tiempos modernos se aburririeron de decir o de intentar demostrar que lo eran, y continuaron viviendo tranquilos sus vidas a lo largo de los siglos.

Sin embargo, quien busca inmortales los encuentra.

Schipper, haciendo referencia a los del Tao, se pregunta: «¿Quiénes son los inmortales? No hay fórmula segura. No hay método infalible, ninguna institución o tradición eclesiástica ha llegado a consagrar su identidad, ninguna canonización distingue a los inmortales verdaderos de los falsos. (...) Siempre que cada uno encuentre su montaña, puede salir del carril de la progresión hacia la muerte para volver a la dinámica regresiva hacia la vida. (...) Lo que sí hace falta es tener una cierta disponibilidad para reconocer, en un momento dado de la vida, la montaña en la que se encuentra el inmortal transmisor que está en algún punto del camino de cada cual». (34)

Alegre Valls, en su libro *La Estrella del Mago*, hace una reseña de más de cuarenta inmortales históricos que incluyen, entre otros, a una larga lista de *siddha-yoguis*, ermitaños taoístas, personajes bíblicos, alquimistas sufis y europeos, seres de diferentes mitologías, monjes budistas y maestros de las más variadas tradiciones, además de algunos cuantos occidentales contemporáneos que también lo han conseguido, como Robert Coon.

Uno de los más famosos entre los inmortales con los que podemos cruzarnos es el hindú Babaji, quien fuera descrito por Paramahansa Yogananda a mediados del siglo pasado en su libro *Autobiografía de un yogui*, y del que numerosos autores y viajeros de Oriente narran sus encuentros con él.

Dice Leonard Orr: «En la actualidad hay en la Tierra por lo menos unos pocos miles de yoguis inmortales, la mayoría de los cuales viven en los Himalayas. Un grupo de ellos siempre hace su aparición en la famosa concentración hindú llamada Khumba Mela. (...) El primero que conocí fue Babaji de Harakhan, un pueblo de los Himalayas situado enfrente del monte Kailas. (...) Muchos occidentales alcanzaron esta capacidad. Analee Skarin, de Estados Unidos, lo hizo en los años sesenta». (27)

En muchos textos antiguos como el *Shiva Purana* hay una infinidad de relatos sobre seres humanos que lograron la inmortalidad, del mismo modo que en la literatura del siglo veinte hay una infinidad de relatos sobre quienes alcanzaron los “ochomiles”.

Imaginemos ahora que dentro de algún tiempo, de aquí a unos pocos siglos, nadie más se atreva a escalar públicamente estas montañas, sea porque tal práctica esté considerada en ese entonces como una herejía, sea porque tales hombres del futuro hayan perdido completamente la capacidad de creer en sí mismos. En un tiempo así no sería raro que tratasen como fábulas las historias de sherpas como Ang Rita, que afirmó en su tiempo haber subido veinte veces el Everest, o la del polaco Krzysztof Wielicki, cuyo mito narra —entre otras hazañas— que subió él solo, en pleno invierno, hasta la cumbre del Lhotse. ¿Se imagina usted algo así, de parte de unos simples seres humanos?

En un futuro imaginario como éste, seguramente, tratarán también como fabuladores y mitómanos a quienes narren las epopeyas de los ochomiles.

¿Quién querrá entonces, a riesgo de ir a la hoguera, publicar un artículo en la revista *Desnivel*? ¿Qué haría usted si secretamente guardase en su habitación el bastón de esquí de Hans Kammerlander?

Cinco grandes tesoros de las nieves

Si de verdad nos interesase la inmortalidad, no para atacar su sola posibilidad ni para desenmascarar un probable fraude, sino para obtenerla, como primeras medidas podríamos ir dejando de lado todo aquello que nos va matando, aceptar todo aquello que nos va vivificando, y escuchar atentamente las opiniones y relatos de quienes dicen haber llegado a su cima. Y esto es más cierto aún cuando los escaladores interiores que lo afirman pertenecen a expediciones que vienen comentando que en la cumbre hay más o menos lo mismo desde hace ya una buena cantidad de milenios.

Las expediciones taoísta y yóguica, al parecer, están estudiando —en forma práctica— esta cuestión de la inmortalidad desde entonces, y cada una tiene en su haber cientos de relatos de practicantes que han obtenido la vida eterna o bien existencias sumamente longevas, de esas de más de dos siglos y que hacen pensar que, finalmente, si se han ido de este mundo fue porque tenían ganas.

Además de las dos ya mencionadas (la china y la hindú), hay otras expediciones de las que algunos de sus integrantes afirman también haber alcanzando la inmortalidad física, entre ellas la amerindia —que llamaremos “vía mexicana”— y algunas otras occidentales, como la que podríamos denominar “mistérica” y que incluye desde los iniciados en los antiguos misterios medio-orientales hasta los seguidores de algunas escuelas y mensajes de la actual “cultura galáctica”.

Podría considerarse, por último, también a una expedición que hoy en día estaría intentando abrir una quinta vía, iniciada por el ya citado Leonard Orr e integrada por primera vez por un grupo de inmortalistas asumidos como tales, nucleados en este caso alrededor de prácticas como el *rebirthing*, los *temazcales*, etcétera.

Vicente Merlo hace una enumeración bastante similar de las rutas de ascenso: «Como es sabido, tanto en la tradición taoísta china, como en la tradición del *kriya yoga* y del *siddha* en la India, así como en algunas presentaciones de la alquimia occidental, el horizonte de la immortalización física se habría acariciado, algo que ya en el siglo XX volverían a tematizar Sri Aurobindo y Mirra Alfassa, con su idea de la supramentalización del cuerpo físico. (...) Pues bien, tanto los mensajes de algunos “maestros ascendidos”, y los de algunos “extraterrestres”, como la línea de Leonard Orr, comienzan a difundirse a modo de aspiración decisiva en este final de ciclo». (15)

Sin pretender ser exhaustivo, pues seguramente hay muchas más vías a la immortalidad física, me referiré entonces sin más en los próximos dos capítulos a cada una de estas cinco vías: la *yóguica*, la *taoísta*, la *tolteca*, la *mistérica* y la abiertamente *inmortalista*. Obviamente, la descripción de cada una de estas vías merecería un libro aparte, que seguramente nadie va a escribir mejor que un yogui, un alquimista taoísta, un *nagual*, un iniciado en los misterios o un “renacedor” cualificado.

Se trata, en todos los casos, de vías sobre las que potentes equipos de escalada —si es que sus ascensos resultaron exitosos— aún recorren las más altas aristas del monte interior de la vida eterna, no quizás ya para llegar hasta arriba, sino más por el placer de caminar por las alturas.

Para facilitar la aproximación y la ruta de ascenso, agruparé las cinco vías en dos flacos o capítulos, uno que aborda el ascenso por las vertientes oriental y amerindia, y otro que se ocupa de las rutas (bastante menos frecuentadas) del flanco occidental.

De aquí en más se tratará, entonces, de compartir un breve instante la filosofía y las técnicas de cada una de estas expediciones de altura, para luego poder elegir mejor con cuál de estos “cinco grandes tesoros de las nieves” —por hacer una utilización libre de la traducción literal del nombre del monte Kangchenjunga—, queremos dirigirnos hacia la realización infinita de la vida después de la vida sin pasar por la muerte, si es que ésta es nuestra vocación y nuestro destino.